

resta el reverso, la mentira. El ego poético podría terminar poseyendo a ese «tú» femenino, pero éste ya no es lo celeste; si lo posee es porque es, como él, un ser terreno y trágico.

Grabado ceniza nos ofrece, a través de la articulación de sus poemas, la labor madura de un poeta relativamente joven. Un texto coherente y maduro que nos ofrece una voz propia, que dialoga con su humanidad, en el deseo de comprender hasta donde el aprendizaje del mundo ha transformado su subjetividad, su capacidad de sentir afecto. Y, desde, esta perspectiva, un texto como *Grabado ceniza* nos puede incitar a evaluar qué es aquello que hemos perdido en nuestro tránsito cotidiano por la existencia. (**Jorge Terán Morveli**)

Guillén, Paul. *La transformación de los metales.* Lima, tRpode editores, 2005.

Experimentamos un importante fenómeno literario: originales proyectos editoriales batallan por dar a conocer nuevas propuestas de jóvenes poetas y narradores. Es el caso de la editorial tRpode que con impecable cuidado nos presenta el poemario *La transformación de los metales* de Paul Guillén.

Persigo reseñar este poemario, seguro de emprender una partida inconclusa y por lo mismo, con un miedo terrible a la simplificación. Quizá la mejor reseña de un poemario sea transcribir el poema que en todos los términos de evaluación cumpla o sobrepase las expectativas del lector, transcribiría entonces: «El Prado», y aparte apuntaría:

Conocí la poesía de Paul Guillén a través de revistas que circulaban en San Marcos. No encontraba en su poesía aquella corriente predilección referencialista al cuerpo o la libido, tampoco hallaba el estrangulado universo interior de afecciones por traumas amorosos, ni mucho menos la confusión escolar que rimar versos es igual a hacer poesía. Su cosmos era distinto y su dicción tenía el notable desafío del hermetismo.

La transformación de los metales, se compone de cinco estancias. En la primera: «El prado» se modela el encuentro con la constante mutabilidad de lo real. La naturaleza es un espacio colmado de caos y olvido. El sujeto lírico está frente a situaciones de apariencias generalizadas, difíciles de sistematizar e imposibles de verbalizar. Ello no le conduce a una apresurada búsqueda de la verdad como revelación o develamiento; su preocupación como hombre prematuro, es de sobrevivencia frente a la naturaleza que amenaza su existencia: «a mí me jode el viento/ mucho más que la verdad/ encontrada en lo senil/sé, que al final el aire/terminará de matarme».

«Vestales», segunda estancia de aliento y registro distinto al anterior, se compone de cinco poemas. «Prelusión» verbaliza la búsqueda cardinal de un guía o un centro preciso y necesario para iluminar un horizonte opaco y vacío. En «De la paz inmortal inanimada» percibimos una suerte de exilio interior en espera y camino a la muerte. «Del océano podrido primordial», tercer poema, presenta dos metáforas que recorrerán el resto de poemas: la navegación y la muerte. Una será tránsito y aprendizaje; la otra, morada ineludible de toda existencia. Los orígenes caóticos de la primera experiencia en el mundo, es situación que plantea «De la dulce infinita bóveda materna»; el último poema «Pensil» sugiere un particular viaje de temor y temblor. Las palabras no guían ni la mirada despeja de incertidumbre el camino: «estas palabras muertas que se incrustan en los muros/ no nos dicen nada del mañana o del presente/por encima de la embarcación nada se ve/...nuestras manos/ rotas por las venas tiemblan y se espantan/ de tener que recorrer siempre un mismo camino».

En la tercera estancia: «La muerte del hombre amarillo» encontramos el poema que da título al poemario; ausencia de dioses, impresión de finitud humana —demasiada humana— junto a la exposición de formas puras se encadenan con el creciente deseo de hallar un centro ordenador del universo. Los otros poemas de este apartado, proyectan plegarias por el bien común, y testimonios de tránsito por un mundo de luminosas sombras: «las ténebres sirtes/ un

lugar donde/ ves el cielo/descampado/de mayo // un infierno azul/
compuesto de alcohol/ y augures de luz».

«Salmos de Marco Valerio», última estancia donde como el momento central de todo ritual, se acentúa la figuración de la vejez como tránsito a la muerte. Esta mastaba que encierra la vida no es trágica, sino intensa aventura de pasión y conocimiento: «sin peligro de abismo paracaídas puesto/ cómo saber si al morir terminará la muerte/ sus ojos aspergiados saben seducir no perder».

La cartografía poética queda trazada: cuatro pilares desde donde se indaga constantemente por la posibilidad del conocimiento, por la inmersión en el mundo de las sombras, y por el tránsito a la morada del ser. Así descrito parece sencillo, pero a veces en el sendero de este universo, las flechas se retuercen para formar laberintos. El hermetismo no permite salir del propio lenguaje. Se logra lo que se persigue: desconcertar al lector, atravesarlo una y otra vez con el lenguaje.

Los epígrafes que anuncian la entrada de cada estancia o a veces antes de iniciar cada poema, nos pone frente a voces de distintas tradiciones y horizontes estéticos. El universo poético de *La transformación de los metales* recuerda aquella empresa que en los años sesenta fue iniciada por una de las voces originales de la poesía peruana y latinoamericana, Juan Ojeda, poeta que la crítica literaria peruana aún mantiene en el olvido. Sostengo que en algunos poemas de *La transformación de los metales* se sigue aquel derrotero que Ojeda había trazado para su poética.

Paul Guillén ha logrado fijar con sorprendente acierto, su residencia en la tierra. Que los materiales de su morada nos sirvan como una suerte de tratado sobre el devenir del ser, experimentemos entonces las trampas de la fe ontológica, siempre de la mano de aquel guardián del ser. **(Javier Morales Mena).**